
LIBRO OCTAVO.

SUMARIO.

- I. Situación de la familia Médicis en Florencia.—II (1473). Desavenencias entre las familias Pazzi y Médicis.—III. Conjura de los Pazzi, en la cual entran el papa Sixto IV y el rey de Nápoles.—IV. Continúa el mismo asunto.—V. Organización de la conjura.—VI. Ejecución del complot. Julián de Médicis es muerto; Lorenzo se salva.—VII. El Arzobispo Salviati, al intentar apoderarse del Palacio, es preso y ahorcado.—VIII. Suerte que corren los demás conjurados.—IX. El peligro á que estuvo expuesto y el amor de los florentinos aumentan el poder de Lorenzo de Médicis. Fin que tuvieron los conjurados.—X. El Papa excomulga á Florencia, y, aliado al rey de Nápoles, envía el ejército contra esta República. Lorenzo de Médicis habla á los ciudadanos reunidos en el Palacio.—XI. Los florentinos apelan al futuro Concilio. Solicitan la alianza de los venecianos.—XII. Los venecianos niegan la alianza. Empieza la guerra.—XIII. Desórdenes en Milán. Génova se rebela contra el duque de Milán.—XIV. Siendo ineficaces las tentativas de acuerdo, los florentinos combaten contra los ejércitos pontificio y napolitano, y los rechazan al territorio de Pisa.—XV. Invaden los dominios del Papa y derrotan sus tropas en Perusa (1479).—XVI.—Victoria del duque de Calabria contra los florentinos en Poggibonsi.—XVII. Lorenzo de Médicis determina ir á Nápoles para tratar la paz con el Rey.—XVIII. Luis Sforza, apodado el Moro, y sus hermanos, son llamados á Milán. Va-

riaciones en el gobierno de aquel Estado.—XIX. Lorenzo de Médicis ajusta la paz con el rey de Nápoles, pero no asienten á ella el Papa y los venecianos.—XX. Los turcos asaltan y toman á Otranto (1480).—XXI. Los florentinos se reconcilian con el Papa.—XXII. Nuevos procedimientos de guerra en Italia. Discordia entre el marqués de Ferrara y los venecianos (1481).—XXIII. El rey de Nápoles y los florentinos atacan los Estados del Papa con daño de aquéllos.—XXIV. El rey de Nápoles, el duque de Milán, los florentinos y el Papa se alían contra los venecianos (1482).—XXV. Derrota de los venecianos en el Bondeno (1483).—XXVI. Se rompe la alianza (1484).—XXVII. Discordias entre los Colonnas y los Orsini.—XXVIII. Muerte de Sixto IV; elección de Inocencio VIII.—XXIX. Origen y estado del banco de San Jorge.—XXX. Guerra entre los florentinos y los genoveses por la ocupación de Sarzana.—XXXI. Rendición de Pietrasanta.—XXXII. Guerra entre el Papa y el rey de Nápoles por la posesión de la ciudad de Aquila (1485). Termina con la paz (1486).—XXXIII. Benévolo el Papa con los florentinos, á pesar de que habían ayudado en la última guerra al rey de Nápoles, interviene como mediador entre ellos y los genoveses, pero infructuosamente. Los genoveses son derrotados por los florentinos; pierden á Sarzana y se entregan al duque de Milán (1487).—XXXIV. Bocolino de Oisimo entrega la ciudad al Papa. Jerónimo Riario, señor de Forli, muere víctima de una conjuración (1488).—XXXV. Galeotto Manfredi, señor de Faenza, es muerto por traición de su mujer, á quien expulsan los faentinos, recomendando el gobierno de la ciudad á los florentinos (1492).—XXXVI. Muerte de Lorenzo de Médicis. Su elogio.

I. Colocado el principio de este octavo libro entre dos conjuraciones, una ocurrida en Milán, que ya hemos referido, y la otra en Florencia, que vamos á narrar, sería conveniente, siguiendo nuestra costumbre, hablar de la índole de las conspiraciones y de su importancia; lo que haríamos de buen grado, de no haberlo hecho ya en otro sitio y si la materia pudiese ser tratada con breve-

dad. Pero siendo asunto que exige muchas consideraciones antes expuestas, nos referimos á lo dicho, y pasando á otro, diremos la situación de los Médicis en Florencia.

Victoriosa esta familia de todos sus enemigos declarados, para superar á las demás y ser la primera en el gobierno de la ciudad, necesitaba vencer á los que oculta-mente conspiraban contra ella; porque mientras los Médicis rivalizaban con otras familias en autoridad y crédito, los ciudadanos, envidiosos de su influencia, podían oponerse abiertamente á ellos, sin temor á los daños de su enemistad; pues, gozando de libertad los magistrados, ninguno de los partidos corría peligro, sino cuando era vencido.

Pero después de la victoria de 1476 adquirieron tanta autoridad los Médicis en el gobierno, que los descontentos estaban precisados á sufrir con paciencia aquel régimen ó á combatirlo por medio de secretas conjuraciones; y como éstas difícilmente logran buen éxito, las más veces ocasionan la ruina de los conjurados y el aumento de poder de aquel contra quien la conjuración se fragua. De aquí que siempre que el soberano de una ciudad es objeto de una conspiración, si no perece, como sucedió al duque de Milán, lo cual rara vez ocurre, resulta con mayor poder y, con frecuencia, de bueno se convierte en malo, porque la conspiración fracasada le infunde temor, el temor deseo de asegurar la vida, y para lograrlo, el empleo de la violencia, ocasionando los odios y muchas veces su pérdida. Resulta, pues, que las conspiraciones dañan primero á quien las fragua y de todas suertes con el tiempo, al que es objeto de ellas.

II (1478). Estaba Italia, según antes dijimos, dividida en dos grandes bandos. En uno de ellos el Papa:

y el rey de Nápoles; en el otro los venecianos, el duque de Milán y los florentinos; y aunque no hubiera estallado entre ambos la guerra, diariamente ocurrían motivos para comenzarla, procurando, sobre todo el Pontífice en todas sus empresas, perjudicar á los florentinos. Por ello, á la muerte de Felipe de Médicis, arzobispo de Pisa, el Papa, contra la voluntad de la Señoría de Florencia, nombró para reemplazarle en dicho arzobispado á Francisco Salviati, cuya enemistad con los Médicis era conocida; y, por no querer la Señoría darle posesión del cargo, mediaron nuevas ofensas entre el Papa y el gobierno florentino. Además, hacia el Pontífice en Roma grandes favores á la familia Pazzi, y todo los perjuicios que podía á la de Médicis.

Figuraba la familia Pazzi en Florencia por sus riquezas y noble origen entre las primeras, y jefe de ella era Jacobo, á quien el pueblo, por su fortuna y nacimiento, hizo caballero. No tenía éste más hijos que una hija natural, pero sí muchos sobrinos nacidos de sus hermanos Pedro y Antonio. Los principales de ellos eran Guillermo, Francisco, Renato y Juan, y después de éstos Andrés, Nicolás y Galeotto.

Cosme de Médicis, teniendo en cuenta la opulencia y fortuna de esta familia, había casado á su nieta Blanca con Guillermo, esperando que esta alianza sería lazo de unión de los Pazzi con los Médicis y prevendría enemistades y rencores que muchas veces nacen de simples sospechas. Pero sucedió lo contrario (¡tan inciertos y falaces son nuestros designios!) porque los que aconsejaban á Lorenzo de Médicis mostrábanle cuán peligroso y perjudicial para su autoridad era permitir que reunieran algunas familias el poder y la riqueza.

Por esto no se concedían á Jacobo Pazzi ni á sus sobrinos los honrosos cargos que, en opinión de sus conciudadanos, merecían. De aquí nació el primer rencor de los Pazzi y el primer temor de los Médicis y, creciendo aquél, justificaba el crecimiento de éste. De aquí también que los magistrados miraran mal á los Pazzi cuando concurrían á algún acto con los otros ciudadanos. El Consejo de los Ocho, estando Francisco Pazzi en Roma, por motivo insignificante y sin guardarle la consideración que se debe á los ciudadanos de importancia, le obligó á volver á Florencia. Los Pazzi quejábanse en todas partes con palabras ofensivas, las cuales aumentaban las sospechas y los rigores contra ellos de sus adversarios.

Juan de Pazzi estaba casado con la hija de Juan Buonromei, persona riquísima, cuyos bienes, por haber muerto, correspondían á su hija, que era única. A pesar de ello, su sobrino Carlos se apoderó de parte de aquellos bienes y, entablado el pleito, hizose una ley en virtud de la cual quedó privada de la herencia de su padre la mujer de Juan de Pazzi, concediéndosela á Carlos. Los Pazzi atribuyeron esta injusticia á los Médicis, y Julián de Médicis se quejó varias veces á su hermano Lorenzo diciéndole que temía lo perdieran todo por el deseo de tener demasiado.

III. Lorenzo de Médicis, en la fuerza de la edad, y lleno de ambición, quería entender de todos los asuntos y que en todo se reconociera su autoridad.

No pudiendo los Pazzi, tan opulentos y ricos, sufrir tantas ofensas, empezaron á meditar el modo de vengarse de los Médicis. El primero en hablar de ello fué Francisco, el más valiente y susceptible de todos ellos, tanto que determinó, ó adquirir lo que le faltaba

ó perder los que tenía. Por la manifiesta mala voluntad del gobierno florentino hacia él, vivía casi siempre en Roma, donde, según la costumbre de los comerciantes venecianos, acumulaba grandes riquezas. Era íntimo amigo del conde Jerónimo, y ambos se quejaban mutuamente de los Médicis, hasta el punto de llegar á convenir en que, para que el Conde pudiera vivir seguro en sus Estados, y Francisco de Pazzi en su ciudad, era necesario que cambiara el gobierno de Florencia, lo que no se podría conseguir sin la muerte de Julián y de Lorenzo de Médicis.

Creyeron que el Papa y el rey de Nápoles acogerían de buen grado el proyecto cuando les mostraran la facilidad de realizarlo. Conformes ya en su ejecución, comunicaron el intento á Francisco Salviati, arzobispo de Pisa, que, por ser ambicioso y haberle ofendido los Médicis poco tiempo antes, prometió voluntariamente su concurso y, discutiendo los tres sobre los medios de realizar fácilmente el propósito, acordaron atraer á la conjuración á Jacobo de Pazzi, sin el cual creían no poder realizar cosa alguna. Para conseguir esto fué Francisco de Pazzi á Florencia, quedando en Roma el Arzobispo y el Conde, á fin de tratar con el Papa, cuando fuera tiempo oportuno de comunicarle el proyecto.

Encontró Francisco á Jacobo más circunspecto y difícil de lo que esperaba; lo hizo saber en Roma, y creyóse que era preciso emplear persona de mayor autoridad para decidirle, por lo cual manifestaron el Arzobispo y el Conde todo el proyecto á Juan Bautista Montesecco, capitán á sueldo del Papa.

Era Montesecco muy reputado como militar, y estaba muy obligado al Conde y al Papa. Opinó, sin embargo,

que la cosa era difícil y expuesta, dificultad y peligro que el Arzobispo procuraba desvanecer, mostrando el auxilio que el Papa y el rey de Nápoles darian á la empresa, y además el odio que los florentinos tenían á los Médicis; el apoyo de los parientes que los Salviati y los Pazzi tenían dentro de Florencia; la facilidad de matar á los Médicis, que andaban por las calles de Florencia sin acompañamiento ni precaución alguna y, una vez muertos, la seguridad de cambiar el gobierno. Montesecco no creía nada de esto, porque á otros muchos florentinos les había oído hablar de distinta manera.

IV. Mientras se preparaba esta conjuración enfermó Carlos, Señor de Faenza, de tanto peligro, que se temió por su vida. Pareció entonces oportuno al Arzobispo y al Conde enviar á Montesecco á Florencia y de allí á la Romaña, bajo pretexto de que recobrará algunas posesiones del Conde que el Señor de Faenza había ocupado. Encargó el Conde á Montesecco que, al pasar por Florencia, hablara de parte suya con Lorenzo de Médicis, y le pidiera consejo sobre lo que debía hacer en la Romaña; que después hablase con Francisco de Pazzi y vieran los dos de qué modo podían meter en la conjuración á Jacobo de Pazzi. Para que, á este fin, alegara la voluntad del Papa, quiso que antes de su partida conferenciara Montesecco con el Pontífice, quien hizo las mayores ofertas que pudo en favor de la conjuración.

Llegó Montesecco á Florencia y habló con Lorenzo de Médicis, que le recibió cariñosamente, dándole sensatos y amistosos consejos, tanto, que Montesecco, admirado, creía encontrar un hombre distinto del que le habían dicho, al verle tan benévolo, prudente y amigo del Conde. Quiso, sin embargo, hablar con Francisco de

Pazzi y, no encontrándole, porque había ido á Luca, conversó con maese Jacobo, hallándole al principio muy ajeno á la conspiración; sin embargo, por la influencia que en el ánimo de Jacobo de Pazzi tuvo la autoridad del Papa, dijo á Montesecco, cuando iba á partir, que fuese á la Romaña y volviera; mientras tanto llegaría Francisco de Pazzi á Florencia y entonces tratarían del asunto.

Fué y volvió Montesecco, continuando con Lorenzo de Médicis el simulado trato sobre los asuntos del Conde. Después conferenció con Francisco y Jacobo de Pazzi, y tanto se esforzaron en convencer á éste, que al fin dió su adhesión al complot. Tratóse de la manera de ejecutarlo, y no parecía á Jacobo realizable mientras los dos hermanos Médicis estuvieran en Florencia, opinando que se debía esperar á que Lorenzo fuera á Roma, como decíase que iba á ir, y entonces ejecutar el proyecto.

Agradaba á Francisco de Pazzi que Lorenzo fuera á Roma; pero aseguraba que, si no iba, ambos hermanos podían ser muertos ó al celebrarse una boda, ó en el juego, ó en la iglesia. Y respecto á los auxilios exteriores, parecíale que el Papa podía levantar sus tropas con pretexto de la empresa contra el castillo de Montone, teniendo justo motivo para quitárselo al conde Carlos Braccio, en castigo de los desórdenes que había causado en los territorios de Siena y de Perusa. No tomaron, sin embargo, otra determinación sino que Francisco de Pazzi y Montesecco fueran á Roma, y acordaran con el Conde y con el Papa lo que había de hacerse.

Tratóse de nuevo en Roma este asunto, y se acordó al fin que, resuelta la empresa contra Montone, Juan Francisco de Tolentino, general de las tropas pontificias,

fuese á la Romaña, y Lorenzo del Castillo á su tierra, y que cada cual de ellos tendrían dispuestas sus tropas y las del país para hacer lo que el arzobispo Salviati y Francisco de Pazzi les ordenaran. Estos, en unión de Montesecco, vinieron á Florencia para preparar todo lo necesario á la ejecución del complot, al cual prometió el rey de Nápoles, por medio de sus embajadores, algún auxilio.

Llegados á Florencia el Arzobispo y Francisco de Pazzi hicieron entrar en la conjuración á Jacobo, hijo de Poggio, joven instruido, ambicioso y aficionadísimo á novedades; á dos Jacobos Salviati, uno hermano y otro pariente del Arzobispo, y á Bernardo Bandini y Napoleón Franzesi, jóvenes atrevidos y sumamente obligados á la familia de los Pazzi. De los forasteros, además de los nombrados antes, intervinieron maese Antonio de Volterra y un sacerdote llamado Esteban, que en casa de Jacobo de Pazzi enseñaba la lengua latina á su hija.

Renato de Pazzi, hombre prudente y sensato, conocedor de los males que tales empresas ocasionan, no entró en la conjura, sino que, detestándola, contrarió su ejecución con los medios de que honradamente podía disponer.

V. El Papa había enviado á la universidad de Pisa para seguir estudios eclesiásticos á Rafael de Riario, sobrino del conde Jerónimo, y estando aún allí, le hizo cardenal (1). Creyeron conveniente los conjurados lle-

(1) Rafael de Riario era hijo de Valentina Riario, hermana del Papa Sixto IV, y recibió el capelo cardenalicio á la edad de diecisiete años. Dícese que, á consecuencia del susto que le produjo este atentado, quedó pálido toda su vida.

var este cardenal á Florencia, para que su llegada encubriera el complot, pudiendo ir en su comitiva ocultos los cómplices que necesitaban para realizarlo.

Vino el Cardenal y le recibió Jacobo de Pazzi en su quinta de Montughi, inmediata á Florencia. Los conjurados deseaban reunir, mediante el Cardenal, á Lorenzo y Julián de Médicis en un sitio, para asesinarles juntos. Acordaron que el Cardenal les convidara á su quinta de Fiésolle; pero Julián, ó por casualidad ó intencionadamente, no fué. Fracasado este intento, creyeron que, si les convidaban en Florencia, necesariamente irían los dos. Dispuesto todo con este objeto, hiciéronse las invitaciones para el domingo 26 de Abril de 1478. Los conjurados deseaban matarles durante el festín, y toda la noche del sábado estuvieron disponiendo lo que debían hacer al día siguiente; pero, al llegar éste, dijeron á Francisco de Pazzi que Julián de Médicis no iría al convite. Los jefes de la conjura se reunieron de nuevo, y acordaron no diferir su ejecución por ser imposible guardar el secreto habiendo tantos cómplices. Convinieron, pues, dar el golpe en la iglesia catedral de Santa Reparata donde, por asistir á la función religiosa el Cardenal, irían, según costumbre, los dos Médicis.

Su deseo era que Juan Bautista Montesecco fuera quien asesinara á Lorenzo, y Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini á Julián. Se negó Montesecco á hacerlo, ó por haber cobrado afecto á Lorenzo, á causa de sus amistosas y recientes relaciones con él ó por otra razón; pues dijo que no tendría jamás valor para cometer tal atentado en la iglesia, uniendo á la traición el sacrilegio. Esto fué el principio del fracaso de la empresa, porque, apremiando el tiempo, encargaron dar el golpe á An-

tonio de Volterra y al sacerdote Esteban, personas que por su naturaleza y costumbres eran, para tal efecto, imperitísimas, pues en ningún acto como éste se necesita más la intrepidez y serenidad y el desprecio de la vida, habiendo ocurrido muchas veces faltar el valor á hombres experimentados en la guerra y acostumbrados al derramamiento de sangre.

Tomado este acuerdo, convinieron en que la señal para la ejecución sería el momento de la comunión del sacerdote que celebraba la misa mayor en dicha iglesia, y que, al mismo tiempo, el arzobispo Salviati, con su gente y con Jacobo de Poggio ocupara el Palacio público, para que la Señoría, ó de buena voluntad, ó á la fuerza, una vez muertos los Médicis, les siguiera.

VI. Así dispuestas las cosas, fueron á la iglesia, donde ya habían llegado el Cardenal y Lorenzo de Médicis. La iglesia estaba llena de fieles y comenzada la misa, sin que hubiera aparecido aún Julián de Médicis, por lo cual Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini, encargados de matarle, fueron á buscarle á su casa, y con ruegos y engaños le llevaron á la iglesia; siendo cosa digna de memoria que Francisco y Bernardo disimularan el odio y el propósito de muerte con tan inalterable tranquilidad, porque, al acompañarle á la iglesia, por el camino, y dentro de ella, le entretuvieron con bromas y dichos propios de la juventud. Francisco, con excusa de acariciarle, le estrechó con la mano y el brazo, para saber si llevaba coraza ó cualquier otra defensa.

Sabían Julián y Lorenzo de Médicis la malquerencia de los Pazzi contra ellos y que deseaban privarles de la autoridad que gozaban en la gobernación del Estado; pero no temían por su vida, creyendo que, cuando los

Pazzi intentaran algo, no tratarían de conseguirlo por medios tan violentos. No inspirándoles cuidado la propia conservación, hasta fingían ser sus amigos.

Dispuestos los asesinos, los colocados junto á Lorenzo podían permanecer allí sin infundir sospechas, por la multitud que llenaba el templo; los otros estaban junto á Julián. En el momento convenido, Bernardo Bandini, con el puñal que llevaba dispuesto, atravesó el pecho á Julián de Médicis, que dió algunos pasos y cayó en tierra. Arrojóse sobre él Francisco de Pazzi, y le acribilló á puñaladas, con tan ciega rabia, que él mismo se hirió gravemente en una pierna.

Antonio de Voiterra y Esteban acometieron á Lorenzo, dirigiéndole varios golpes; pero sólo le causaron una ligera herida en el cuello, porque, ó su negligencia, ó el valor de Lorenzo, que se defendió con sus armas al verse atacado, ó el auxilio de los que estaban cerca, hicieron fracasar los esfuerzos de los asesinos, que, asustados, huyeron y se escondieron; pero, encontrados después, sufrieron muerte ignominiosa, siendo arrastrados por toda la ciudad.

Lorenzo, con algunos amigos que le rodeaban, se encerró en la sacristía de la iglesia. Bernardo Bandini, después de matar á Julián, mató también á Francisco Nori, íntimo amigo de los Médicis, ó por antiguo odio que le inspirase, ó porque había querido socorrer á Julián. No contento con estos dos homicidios, corrió en busca de Lorenzo, para hacer con valor y prontitud lo que, por torpeza y cobardía, no habían hecho los otros; pero, encerrado ya aquél en la sacristía, fueron vanos sus intentos.

En medio de estos graves sucesos, del tumulto y del

ruido tan grande, que parecía se arruinaba la iglesia, el Cardenal se refugió junto al altar, salvándole los sacerdotes, no sin trabajo. La Señoría, cesado el motín, pudo llevarle á su Palacio, donde estuvo muy alarmado hasta que le pusieron en libertad.

VII. Vivían entonces en Florencia algunos perusinos expulsados de su ciudad por el partido dominante, y entraron en la conspiración porque los Pazzi les prometieron conseguir que volvieran á su patria. Llevóles consigo el arzobispo Salviati al ir para ocupar el Palacio con sus parientes y amigos, y Jacobo, hijo de Poggio.

Al llegar al Palacio, dejó en la planta baja algunos de los suyos, con orden de que, al oír ruido, ocuparan la puerta. Él, con la mayoría de los perusinos, subió, y supo que los Señores estaban comiendo, porque ya era tarde; pero al poco tiempo fué recibido por César Petrucci, Confaloniero de justicia. Entró con pocos de los que le acompañaban, quedando los demás fuera, y casi todos éstos se encerraron, sin quererlo, en la Cancillería, porque la puerta de ella estaba hecha de modo que, cerrada, no se podía abrir sin llave ni por dentro ni por fuera.

El Arzobispo, entretanto, entró en las habitaciones del Confaloniero con pretexto de referirle algunas cosas de parte del Papa, y empezó á hablar con voz turbada, pronunciando frases entrecortadas y sin orden. La alteración de su semblante y lo incoherente de sus palabras engendraron en el Confaloniero tales sospechas, que de pronto salió gritando de la estancia y hallando á Jacobo de Poggio, le cogió por los cabellos y le puso en manos de sus subalternos.

Producida la alarma entre los Señores, cada cual se

armó con lo que encontró á mano. Los que habían subido con el Arzobispo, encerrados unos y asustados otros, todos fueron muertos ó arrojados vivos por las ventanas del Palacio, siendo ahorcados el Arzobispo, los dos Jacobo Salviati y Jacobo de Poggio. Los que quedaron en la planta baja, después de forzar la guardia y la puerta, la ocuparon toda ella, de modo que los ciudadanos que, al saber el motín, acudían al Palacio, ni con las armas, ni con los consejos podían auxiliar á la Señoría.

VIII. Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini, viendo á Lorenzo de Médicis seguro, y estando uno de ellos, en quien más confianza tenían los conjurados, herido gravemente, se asustaron.

Bernardo, tan sereno en meditar su salvación como lo había estado en realizar el complot, juzgó la cosa perdida y apeló á la fuga. Francisco de Pazzi, al volver á su casa herido, probó á montar á caballo, porque lo convenido era rodear la ciudad con gente armada y llamar al pueblo á las armas para que proclamase la libertad; pero no pudo, á causa de la profundidad de la herida y de la sangre que había perdido, por lo cual, quitándose el traje, se echó en la cama desnudo, y rogó á maese Jacobo que hiciera lo que no podía hacer él.

Maese Jacobo, aunque viejo y sin práctica de estos asuntos, para hacer la última tentativa en pro de la conjuración, salió á caballo con unos cien hombres armados, que estaban dispuestos de antemano, y fué á la plaza del Palacio, llamando en su ayuda al pueblo y proclamando la libertad; pero como la fortuna y liberalidad de los Médicis habían hecho al pueblo sordo, y la libertad no era conocida en Florencia, nadie le respondía, y los que dominaban en la parte alta del palacio de la Señoría le

recibieron á pedradas y le asustaron á fuerza de amenazas.

Dudando lo que haría, le encontró su cuñado Juan Serristori quien, después de reprenderle por el escándalo promovido, le aconsejó volviera á su casa, que asegurándole que el amor al pueblo y á la libertad lo tenían en el corazón, como él, los demás ciudadanos. Privado de toda esperanza Jacobo de Pazzi, porque el palacio de la Señoría estaba en poder de los enemigos, Lorenzo de Médicis vivo, Francisco de Pazzi herido, y sin ninguno que le siguiera, determinó salvar la vida, si podía, fugándose, y salió de Florencia con la gente que había llevado á la plaza, para ir á la Romaña.

IX. Entretanto, toda la ciudad estaba en armas, y Lorenzo de Médicis, acompañado de muchos hombres armados, fué á su casa. El pueblo había recobrado el Palacio de la Señoría, quedando presos ó muertos los que al principio lo ocuparon, y por toda la ciudad se aclamaba á los Médicis. Los miembros de los muertos, ó los llevaban clavados en picas ó arrastrados por las calles, persiguiendo todos á los Pazzi con iracundas frases ó cruelísimos actos.

Ocupadas sus casas por el pueblo, Francisco de Pazzi, desnudo como le encontraron, fué sacado de la suya y conducido al Palacio de la Señoría, ahorcándole al lado del Arzobispo y de los otros ejecutados. Imposible fué hacerle hablar cosa alguna, á pesar de las injurias que le dijeron é hicieron durante el camino y después. Fija su mirada en los que le rodeaban, suspiraba en silencio.

Guillermo de Pazzi, cuñado de Lorenzo de Médicis, se salvó en casa de éste, porque era inocente y por los esfuerzos de su mujer Blanca de Médicis.

No hubo ciudadano que, armado ó desarmado, no fuera á casa de Lorenzo en aquel trance, ofreciéndole todos sus vidas y haciendas. ¡ Tanto era el poder y el cariño que la Casa de Médicis había conquistado por su prudencia y liberalidad!

Renato de Pazzi se fué antes del atentado á su quinta en el campo y, al saber lo ocurrido, quiso huir disfrazado; pero descubierto y preso en el camino, le llevaron á Florencia.

Maese Jacobo fué también preso al pasar los Alpes, porque sabían ya aquellos habitantes lo ocurrido en Florencia, y le detuvieron, llevándole á esta ciudad, sin conseguir, á pesar de sus ruegos, que le mataran en el camino.

Cuatro días después del complot, maese Jacobo y Renato fueron juzgados y muertos.

De todas las muertes hechas en aquellos días, tantas que las calles estaban llenas de miembros humanos, la única que inspiró compasión fué la de Renato, porque tenía fama de hombre prudente y bueno y desprovisto de la soberbia que censuraban en los demás individuos de su familia.

Para que en estos sucesos no faltara un ejemplo extraordinario, maese Jacobo fué primero enterrado en la sepultura de su familia; sacado después de allí, por haber muerto excomulgado, y enterrado junto á las murallas de la ciudad; sacado también de aquí, le arrastraron por toda la ciudad, desnudo, con la misma cuerda que había servido para ahorcarle y, no habiendo encontrado en la tierra sitio para su sepultura, los mismos que le arrastraban le arrojaron al río Arno, que llevaba las aguas muy crecidas. Ejemplo verdaderamente nota-

ble de la fortuna, que un hombre tan rico y de tan elevada posición cayera en tanta desdicha y en tan desastroso vilipendio.

Culpábanle de algunos vicios, entre ellos el del juego y la costumbre de blasfemar como el hombre más perdido; vicios que compensaba dando numerosas limosnas, porque á muchos necesitados les socorría espléndidamente. También puede decirse en su favor que el sábado anterior á aquel domingo en que se cometieron tantos homicidios, para que ningún otro sufriera las consecuencias de su mala fortuna, pagó todas sus deudas, y cuantas mercancías tenía en la aduana y en su casa, de ajena pertenencia, con maravillosa solicitud las consignó á sus dueños.

A Juan Bautista de Montesecco, después de largo proceso, le cortaron la cabeza. Napoleón Franzesi se libró, con la fuga, del suplicio. A Guillermo de Pazzi le confinaron, y á sus primos que quedaron vivos les encerraron en los calabozos del castillo de Volterra.

Terminado el desorden y castigados los conspiradores, celebráronse las exequias de Julián de Médicis, que hicieron derramar lágrimas á todos los ciudadanos, porque era tan humano y liberal como pudiera desearse en persona de su elevada posición. Dejó un hijo natural, nacido pocos meses después de su muerte, que se llamó Julio, cuyo mérito y grandeza todo el mundo conoce en la actualidad, y de quien hablaremos extensamente, si Dios nos da vida, en la continuación de esta historia (1).

Las tropas reunidas á las órdenes de Lorenzo del

(1) Alude á Julio de Médicis que fué papa con el nombre de Clemente VII, y á quien dedica Maquiavelo la presente historia.

Castillo, en Val de Tevere, y las que en Romaña tenía Juan Francisco de Tolentino, para favorecer á los Pazzi, estaban ya en camino de Florencia, pero, al saber el fracaso de la conspiración, volvieron atrás.

X. No habiendo ocurrido el cambio de gobierno en Florencia, como el Papa y el Rey deseaban, determinaron éstos conseguir por medio de la guerra lo que no habían alcanzado con la conjuración, y ambos movieron sus ejércitos con grande actividad para atacar el Estado de Florencia, diciendo que sólo aspiraban á derribar á Lorenzo de Médicis, el único florentino que consideraban enemigo.

El ejército del Rey había pasado el Tronto, y el del Papa estaba en el Perusino.

Para que los florentinos sintieran, además de los perjuicios temporales, los espirituales, el Papa excomulgó y maldijo á Florencia.

Viendo los florentinos venir contra ellos tantas tropas, se prepararon activamente á la defensa, y antes que todo quiso Lorenzo, puesto que la guerra, según se decía, iba contra él, reunir en el Palacio con la Señoría á los ciudadanos más notables, en número de más de trescientos, á quienes habló de esta suerte:

«No sé, excelsos Señores é ilustres ciudadanos, si sentir con vosotros lo que ocurre ó alegrarme; y en verdad, cuando veo con cuánta perfidia y furor se me ataca, y á mi hermano muerto, no puedo evitar que la tristeza embargue mi espíritu, y el alma y el corazón me duelan. Pero si considero la prontitud, eficacia y cariño, la unanimidad con que los florentinos han vengando á mi hermano y me han defendido, no sólo quedo satisfecho, sino orgulloso y entusiasmado.

»Si la experiencia me ha hecho conocer, en verdad, que tenía en Florencia más enemigos de los que pensaba; también me ha demostrado tener más fervientes y calurosos amigos de los que creía. Duélome con vosotros de las ofensas de otros, y celebro vuestra adhesión; pero lamento más las injurias, por lo inauditas y no merecidas.

»Considerad, magníficos ciudadanos, á que términos había conducido nuestra casa la mala fortuna, que ni rodeada de parientes y amigos y dentro de la iglesia estaba segura. Los que temen por su vida suelen acudir á sus amigos, á sus parientes demandándoles socorro, y nosotros los encontramos armados para nuestra destrucción. Acostumbran á refugiarse en las iglesias los que por motivos públicos ó privados se ven perseguidos y, donde los demás son defendidos por la santidad del lugar, nosotros somos muertos; donde los parricidas y asesinos están seguros, los Médicis encuentran quien les mate.

»Pero Dios, que jamás en lo pasado abandonó nuestra casa, nos ha salvado, tomando la defensa de nuestra justa causa.

»¿Qué injuria habíamos hecho á alguno que mereciera tanto deseo de venganza? Á los que se han mostrado tan enemigos nuestros ni siquiera privadamente les ofendimos, porque, si lo hubiésemos hecho, no les fuera tan fácil atacarnos. Si nos atribuyeran abusos de carácter público y que algunos les afectaran personalmente, cosa que ignoro, más ofenderían á vosotros que á nosotros, más á este Palacio y á la majestad de este gobierno que á nuestra casa, demostrando que, por nuestra influencia, ofendéis inmerecidamente á los ciudadanos, lo cual se

aparta por completo de la verdad, porque, aun pudiéndolo hacer nosotros y queriéndolo vosotros, no lo hubiésemos hecho.

» Quien averigüe la verdad sabrá que nuestra casa ha sido siempre tan considerada por vosotros no por otra razón sino por lo que se ha esforzado en ser humana y liberal y en vencer á todos con beneficios. Habiendo honrado siempre á los extranjeros, ¿cómo habíamos de injuriar á nuestros parientes?

» Si les indujo al atentado el deseo de dominar, como lo demuestra la ocupación del Palacio y el traer á la plaza gente armada, lo absurdo, ambicioso y abominable de su propósito por sí mismo queda demostrado. Si lo hicieron por envidia y odio á nuestra autoridad, á vosotros y no á nosotros ofendieron, porque de vosotros la recibimos.

» Merece, en verdad, ser odiado el poder que los hombres usurpan, no el que por liberalidad, bondad y magnificencia ejercen, y bien sabéis que nuestra casa no se engrandeció nunca sino por la voluntad de la Señoría y por el unánime consentimiento vuestro. No volvió del destierro mi abuelo Cosme por medio de las armas y la violencia, sino con unánime consentimiento vuestro. Mi padre, anciano y enfermo, no podía defenderse contra tantos enemigos, pero vosotros con vuestra autoridad y benevolencia le defendisteis. No hubiese podido yo mantener la influencia de mi casa, siendo todavía casi un niño, sin los consejos y el favor vuestro. Ni hubiese podido ni podría dirigir mi familia esta República si, unidos á ella, no la dirigieseis vosotros.

» Ignoro qué motivo tenga el odio de ellos contra nosotros ó qué justa razón su envidia. Odien en buen hora

á sus antecesores que, por su soberbia y avaricia, les privaron de la autoridad; pero no á los que hemos sabido por los medios contrarios, ganarla.

»Pero concedamos que hubieran recibido de nosotros grandes ofensas y que con razón desearan nuestra ruina. ¿Por qué venir á atacar este palacio? ¿Por qué aliarse con el Papa y con el rey de Nápoles contra la libertad de esta República? ¿Por qué alterar la larga paz de Italia? En esto no tienen excusa alguna, porque debían dañar á quien les dañara, y no confundir las enemistades privadas con los atentados de carácter público. De aquí resulta que, muertos ellos, nuestras desdichas son mayores, porque, por su culpa, el Papa y el rey de Nápoles nos declaran la guerra, asegurando que sólo la hacen á mí y á mi casa. Dios quisiera que fuese cierto, porque el remedio sería pronto y seguro, no siendo yo tan mal ciudadano que tuviera en más mi salud que vuestro peligro, el cual disiparía de buen grado con mi propia ruina. Pero los poderosos disfrazan siempre sus injusticias con algo que parezca justo, y á este recurso apelan nuestros enemigos para encubrir su injustificada agresión.

»Sin embargo, si creéis otra cosa, en vuestras manos me pongo; podéis defenderme ó abandonarme. Sois mis padres, sois mis defensores, y lo que mandéis que haga lo haré siempre de buen grado. Resuelto estoy, si lo juzgáis útil, á que esta guerra que ha empezado con la muerte de mi hermano, acabe con la mía.»

Los ciudadanos, mientras Lorenzo hablaba, no podían contener las lágrimas, y con igual sensibilidad que fué oído le contestó uno de ellos por encargo de los demás, diciéndole que Florencia estaba reconocida á sus servicios y á los de los suyos; que desechara todo temor, pues

lo mismo que habían vengado á su hermano muerto, conservando á él la vida, le conservarían la autoridad y el poder mientras pudieran defender la patria. Para que las obras confirmaran las palabras, destinaron á la guarda personal de Lorenzo de Médicis cierto número de hombres armados á fin de que le defendieran de las emboscadas interiores.

XI. Proveyóse en seguida á la guerra, reuniendo gente y dinero en la mayor cantidad que podían. Pidieron auxilio, en virtud de la alianza que con ellos tenían, á los venecianos y al duque de Milán, y puesto que el Papa se convertía de pastor en lobo, para no ser devorados como culpables, procuraban por todos los medios justificarse de los cargos que aquél les dirigía. En toda Italia le acusaron de traición contra su gobierno, de impiedad y de injusticia, demostrando que ejercía mal el pontificado, adquirido por malos medios, puesto que enviaba á los hombres nombrados por él para las primeras prelacías, en compañía de traidores y parricidas á cometer en la iglesia crimen tan atroz como lo era el asesinato, durante los oficios divinos, y cuando se celebraba el santo sacrificio; y que, después de esto, porque no se pudo asesinar á los ciudadanos, cambiar el gobierno de la ciudad, y saquear ésta, según su deseo, la excomulgaba y con maldiciones pontificias la amenazaba y ofendía. Pero siendo Dios justo y desaprobando las violencias, debían desagradarle las de su Vicario y permitir á los ofendidos recurrir á Él, puesto que no podían hacerlo al Pontífice.

Por tanto, los florentinos ni recibieron la excomunión, ni se sometieron á ella, sino que obligaron á los sacerdotes á celebrar los divinos oficios; reunieron un concilio

en Florencia con todos los prelados toscanos que obedecían la autoridad de la República, y en él apelaron, de las ofensas que les hacía el Papa, al futuro Concilio general.

No faltaban al Papa razones para justificar su causa, alegando que era misión de los Pontífices destruir las tiranías, perseguir á los malos, ensalzar á los buenos, cosas todas á que se debe atender con remedios oportunos; que no correspondía á los príncipes seculares detener á los cardenales, ahorcar á los obispos, matar, descuartizar y arrastrar á los sacerdotes, y asesinar sin distinción á inocentes y culpados.

XII. Entre tantas acusaciones y querellas, los florentinos entregaron al Pontífice el cardenal que tenían en su poder. Entonces Sixto IV mandó atacarles con todas sus fuerzas y las del rey de Nápoles.

Entraron los dos ejércitos, al mando de Alfonso, primogénito del rey Fernando de Nápoles y duque de Calabria, y de Federico, conde de Urbino, en el Chianti, por las tierras de los de Siena, que eran del partido enemigo; ocuparon á Radda y otras plazas, y devastaron la comarca, trasladando después su campamento á la Castellina.

Al saber esta invasión temieron mucho los florentinos, por estar sin tropas y proceder con suma lentitud los aliados; pues aunque el duque de Milán les enviara socorro, los venecianos negaron estar obligados á auxiliarles en casos de índole privada, y alegaban que, promovida la guerra contra particulares, no debían mezclarse en ella, porque las enemistades privadas no se defendían públicamente.

Á fin de que los venecianos reformaran su opinión

en buen sentido para Florencia, enviaron los florentinos por embajador á Tomás Soderini y, mientras tanto, tomaron gente á sueldo y nombraron general de su ejército á Hércules, marqués de Ferrara.

Durante estos preparativos, el ejército enemigo redobló sus esfuerzos de tal modo contra Castellina, que los habitantes, desesperados de socorro, se rindieron después de cuarenta días de sitio. De dicho punto dirigieronse hacia Arezzo y acamparon en Monte San Sabino.

Ya estaba en orden el ejército florentino y, yendo en busca del enemigo, se había colocado á tres millas de distancia, molestándole tanto, que Federico de Urbino pidió tregua por algunos días; le fué concedida, con tanta desventaja para los florentinos, que los mismos que la pidieron se admiraron de obtenerla, porque, de lo contrario, se veían precisados á vergonzosa retirada. Pero aprovechando aquellos días para reorganizarse, terminada la tregua, se apoderaron á la vista de los florentinos de Monte San Sabino.

Llegado el invierno, los enemigos se retiraron para invernar cómodamente al territorio de Siena. Los florentinos ocuparon alojamientos más cómodos que los que tenían, y el duque de Ferrara, sin haber hecho nada de provecho para sí ni para los demás, volvió á sus Estados.

XIII. En este tiempo se rebeló Génova contra el dominio de Milán por los motivos siguientes. Muerto Galeazzo, y quedando Juan Galeazzo su hijo en edad inhábil para el gobierno, nacieron discordias entre sus tíos Luis, Octavio y Ascanio Sforza, y su madre Bona, porque cada cual deseaba la curatela del joven Duque.

Consiguióla la anciana duquesa Bona por los consejos de Tomás Soderini, que era embajador de los florentinos en Milán, y de Cicco Simonetta, secretario que fué de Galeazzo.

Huyendo por esto los Sforza de Milán, Octavio se ahogó al pasar el Adda, y los otros fueron confinados á diversos puntos, como también Roberto de San Severino que, en aquellas circunstancias, se apartó de la Duquesa para ponerse del lado de los Sforza.

Ocurrieron después los desórdenes de Toscana y aquellos príncipes, que esperaban tener por los nuevos sucesos mejor fortuna, quebrantaron el confinamiento, intentando cada uno cosas nuevas para recobrar su antigua posición.

Al ver el rey Fernando, que sólo el ducado de Milán socorría á los florentinos en su apuro, para privar á Florencia hasta de dicho socorro, determinó dar que pensar tanto á la Duquesa dentro de sus propios Estados, que no pudiera auxiliar á los otros, y por medio de Próspero Adorno, de Roberto de San Severino y de los rebeldes Sforzas realizó la sublevación de Génova.

Quedaba sólo en poder de los milaneses el Castelletto y, confiando en él, la Duquesa envió bastantes tropas para recuperar la ciudad, pero fueron derrotadas.

En vista del peligro que podía ocasionar este accidente á la dominación del joven Duque, y á ella la continuación de aquella guerra, estando la Toscana invadida, y los florentinos, de quienes únicamente esperaba auxilio, empeñados en la guerra, determinó, ya que no podía tener á Génova como súbdita, tenerla como amiga, y convino con Battistino Fregoso, enemigo de Próspero Adorno, darle el Castelletto, y hacerle Señor de Génova,

con tal que expulsara á Próspero y no favoreciera á los rebeldes Sforza. Hecho este convenio, Battistino, con la ayuda del Castelletto y de su partido, se apoderó de Génova, y, según la costumbre, fué proclamado dux. Los Sforza y Roberto de San Severino, expulsados de Génova, vinieron con la gente que les seguía á la Lunigiana.

Por haber cesado las discordias en Lombardía, aprovecharon el Papa y el rey de Nápoles la ocasión de la llegada de los expulsados de Génova, para perturbar con ellos la Toscana por la parte de Pisa, á fin de que los florentinos, dividiendo sus fuerzas, se debilitaran. Para ello y por haber pasado ya el invierno, decidieron que Roberto de San Severino partiese con su gente de la Lunigiana, invadiendo la comarca de Pisa. Roberto cometió grandes destrozos, tomando y saqueando muchos castillos y devastando el país hasta llegar á los muros de Pisa.

XIV. Vinieron por entonces á Florencia embajadores del Emperador, del rey de Francia y del de Hungría, enviados por estos Monarcas al Papa, y aconsejaron á los florentinos que enviaran también una embajada al Pontífice, prometiendo ayudarles eficazmente para que una paz honrosa pusiera término á aquella guerra. No se negaron los florentinos á hacer esta prueba, para demostrar á todo el mundo que, por su parte, deseaban la paz.

Fueron los embajadores, y volvieron sin convenir nada, por lo cual los florentinos, para apoyarse al menos en la fama del rey de Francia, ya que los italianos unos les ofendían y otros les abandonaban, enviaron por embajador á aquel Rey á Donato Acciajuoli, hombre sapientísimo en literatura griega y latina, y cuyos antepa-

sados habían desempeñado elevados cargos en Florencia; pero cuando iba á Francia, al llegar á Milán, murió. Para recompensar á su familia y honrar su memoria, por cuenta del Estado se le hicieron ostentosos funerales, concediendo exenciones á los hijos y dote conveniente á las hijas. En reemplazo de Acciajuoli enviaron como embajador al Rey á Guido Antonio Vespucci, persona peritísima en derecho civil y canónico.

La invasión de Roberto de San Severino en la comarca de Pisa, como todos los sucesos inesperados, perturbó bastante á los florentinos; porque, teniendo por la parte de Siena gravísima guerra, no veían cómo defender el territorio de Pisa. Enviaron, sin embargo, oficiales, provisiones y otros medios de defensa á Pisa.

Para mantener en la fidelidad á los de Luca, á fin de que no suministraran al enemigo dinero ó víveres, Pedro de Gino, hijo de Neri Capponi, fué como embajador de Florencia, recibéndole los de Luca con tanta prevención, por el odio de aquella ciudad al pueblo florentino, hijo de antiguas ofensas y continuo temor, que estuvo muchas veces en peligro de ser muerto por las turbas, de suerte que su viaje, en vez de estrechar la amistad de ambas ciudades, dió ocasión á nuevos resentimientos.

Volvieron á llamar los florentinos al marqués de Ferrara y tomaron á sueldo al marqués de Mantua, pidiendo con grandes instancias á los venecianos á Carlos Braccio y á Deifebo, hijo del conde Jacobo, que al fin, y después de muchas vacilaciones, se los concedieron, porque habían pactado tregua con el Turco y, no teniendo por tanto excusa para dejar de cumplir los deberes que les imponía la alianza, se avergonzaron de negarlo.

Vinieron, pues, el conde Carlos Braccio y Deifebo con buen número de hombres de armas, y añadieron todas las tropas que pudieron adquirir del ejército que á las órdenes del marqués de Ferrara hacía frente al del duque de Calabria. Dirigiéronse hacia Pisa en busca de Roberto de San Severino que, con su gente, estaba junto al río Serchio, y aunque aparentó querer esperar nuestro ejército, no lo aguardó, retirándose á la Lunigiana y á los mismos alojamientos que tenía cuando salió de allí para la comarca de Pisa. Después de su partida el conde Carlos recobró todas las poblaciones que en el territorio de Pisa había ocupado el enemigo.

XV (1479). Libres los florentinos de enemigos por la parte de Pisa, pusieron todas sus tropas entre Colle y San Gimignano. Pero habiendo en aquel ejército, por la llegada del conde Carlos, soldados que fueron de Sforza y otros de Braccio, renacieron las antiguas enemistades entre ellos, y se temía que, de estar mucho tiempo reunidos, vinieran á las manos. Por menor mal, se determinó dividir el ejército, y mandar una parte de él á las órdenes del conde Carlos al Perusino, y la otra situarla en Pogibonzi, donde hiciera fuerte atrincheramiento para impedir al enemigo entrar en la comarca florentina.

Calcularon también que esta división de fuerzas obligaría además al enemigo á dividir las suyas, porque creían que el conde Carlos ocuparía á Perugia, suponiendo tenía allí muchos partidarios, ó que el Papa se viera precisado á enviar numerosas tropas para defenderla. Ordenaron además, para poner en mayor aprieto al Papa, que Nicolás Vitelli, expulsado de Ciudad del Castillo, donde mandaba su enemigo maese Lorenzo, se acercara con tropas á la plaza, procurara arrojar de allí

á su adversario y separar la plaza de la obediencia á la Santa Sede.

Al principio pareció que la fortuna quería favorecer á los florentinos, porque el conde Carlos hacia grandes progresos en el territorio de Perusa; y aunque Nicolás Vitelli no había podido entrar en Ciudad del Castillo, dominaba la comarca con sus tropas, haciendo presas hasta junto á la población sin que nadie se le opusiera. Los que estaban en Poggibonzi hacían diariamente correrías hasta los muros de Siena.

Todas estas esperanzas quedaron al fin vanas. Primeramente el conde Carlos, cuando más se confiaba en el resultado de sus victorias, murió. Su muerte, sin embargo, hubiera mejorado la situación de los florentinos si supieran aprovecharse de la victoria que ocasionó, porque, al saber la muerte del Conde, el ejército pontificio, que se había concentrado en Perusa, esperando vencer al florentino, salió inmediatamente á campaña, situándose junto al lago, á tres millas del enemigo. Por su parte, Jacobo Guicciardini, Comisario en aquel ejército florentino, de acuerdo con Roberto de Rimini, que sucedió al conde Carlos en el mando de las tropas y era el jefe de mayor importancia, sabida la causa de la presunción de los enemigos, determinó esperarles. Vinieron ambos ejércitos á las manos junto al lago donde antiguamente el cartaginés Aníbal alcanzó el memorable triunfo contra los romanos y quedó derrotado el pontificio.

Esta victoria produjo grande alegría en Florencia, siendo muy elogiados los jefes y, además de suceso glorioso, hubiera sido útil á la causa de la República, de no perturbarlo todo los desórdenes ocurridos en el ejército de Poggibonzi. El bien que hizo uno de los ejércitos lo

destruyó el otro completamente porque, habiendo cogido botín en el territorio de los sieneses, por su reparto hubo discordia entre los marqueses de Ferrara y Mantua; acudieron á las armas; se prodigaron toda clase de ofensas, y llegaron á punto de que juzgaran los florentinos no poder valerse de ambos, consintiendo que el marqués de Ferrara con sus tropas volviera á su país.

XVI. Debilitado aquel ejército, que quedó sin general y gobernándose en todo desordenadamente, el duque de Calabria, que se encontraba con el suyo cerca de Siena, decidió acometerle, y sucedió lo que había pensado. Las tropas florentinas, al verse atacadas, no confiaron en sus armas, ni en su número, superior al del enemigo, ni en la posición ocupada, que era fortísima, pues sin esperar la llegada de sus adversarios, á la vista del polvo que levantaban en la marcha, echaron á correr, dejándoles las municiones, los carros y los cañones. Tanta era la cobardía y el desorden en los ejércitos de entonces, que el volver un caballo la cabeza ó la grupa decidía la victoria ó la pérdida de una batalla.

Esta victoria llenó de botín á los soldados del rey de Nápoles, y á los florentinos de espanto, porque su ciudad no sólo estaba afligida por la guerra, sino por una peste gravísima tan extendida en Florencia, que los ciudadanos, huyendo de la muerte, se habían retirado á sus casas de campo. Hizo la derrota más espantosa el ver acudir á Florencia á los que tenían sus posesiones en Val di Pesa y Val d'Elsa, llevando consigo sus hijos y efectos, y hasta los cultivadores de las tierras. Parecía temerse á cada momento que se presentara el enemigo á las puertas de la ciudad.

Los nombrados para dirigir la campaña, viendo este

desorden, ordenaron á las tropas victoriosas en el Perusino dejar aquella empresa contra Perusa y venir á Val d'Elsa, para hacer frente al enemigo que, después de la victoria, sin obstáculo alguno recorría el país.

Aunque tenían de tal suerte sitiada á Perusa que de un momento á otro esperaban tomarla, prefirieron los florentinos defender lo suyo á ocupar lo ajeno, tanto, que aquel ejército, apartándole de la tierra de sus triunfos, fué conducido á San Casciano, castillo á ocho millas de Florencia, y opinaban que no se podía contrarrestar al duque de Calabria hasta reunir las reliquias del ejército derrotado.

Por su parte los enemigos que quedaron libres en Perusa por la partida de las tropas florentinas, cobrando ánimo, hacían diarias correrías por el Aretino y el Cortones, cogiendo botín; y los que á las órdenes de Alfonso, duque de Calabria, habían vencido en Poggibonzi, se apoderaron primero de este pueblo, después de Vico, saquearon á Certalo, y hechas estas conquistas y presas fueron á acampar junto al castillo de Colle, que entonces era considerado fortísimo. Por ser su guarnición fiel al gobierno florentino, esperaba éste que contuviera al enemigo hasta reunir los dispersos del ejército derrotado.

Concentradas las tropas florentinas en San Casiano, y expugnando los enemigos con toda su fuerza á Colle, determinaron acercarse á esta plaza para animar á la defensa á su guarnición y para que los sitiadores se contuvieran en el ataque, teniendo al adversario tan cerca.

Tomado este acuerdo, levantaron el campo de San Casciano y lo pusieron en San Giminiano, á cinco millas de Colle, desde donde con caballería y soldados li-

geros diariamente molestaban el campamento del Duque. Pero á los de Colle no era bastante este socorro, porque les faltó lo necesario y se rindieron el 1.º de Noviembre, con disgusto de los florentinos y grandísima alegría del enemigo, sobre todo de los sieneses que, además del odio que profesaban á los florentinos en general, lo tenían muy especial á los de Colle.

XVII. El rigor del invierno era grande y el tiempo malísimo para la guerra, tanto, que el Papa y el rey de Nápoles, ó por querer dar esperanzas de paz, ó para gozar tranquilamente de la victoria alcanzada, ofrecieron tregua á los florentinos por tres meses, y dieron término de diez días para saber la respuesta, siendo aquélla aceptada inmediatamente.

Pero como sucede siempre que las heridas abiertas duelen más cuando se enfrían que cuando se reciben, este breve descanso dió á conocer á los florentinos la extensión de sus desdichas, y los ciudadanos se acusaban públicamente y sin consideración unos á otros, manifestando los errores cometidos en la guerra, mostrando los gastos hechos inútilmente y las contribuciones injustas; de cuyas cosas no sólo en círculos privados, sino en las sesiones de los Consejos, se discutía con calor. Y tanto atrevimiento tuvo uno que, dirigiéndose á Lorenzo de Médicis, le dijo: «La ciudad está fatigada y no quiere más guerra; necesario es, por tanto, pensar en la paz.»

Conoció Lorenzo esta necesidad; reunióse con los amigos que juzgaba más fieles y sensatos, y acordaron primeramente, en vista de la frialdad y escasa fe de los venecianos y de que el duque de Milán era un niño, y agitaban el Ducado discordias civiles, buscar con nuevos

amigos nueva fortuna, pero dudaban en qué manos ponerse, si las del Papa ó las del rey de Nápoles.

Examinada la cuestión, prefirieron la amistad del Rey, como más estable y segura; porque la brevedad de la vida de los Papas, las variaciones que hacen los sucesores, lo poco que la Iglesia teme á los soberanos temporales y la facilidad con que cambia de partido, hacen que los príncipes no puedan confiar completamente en el Pontífice, ni unir su fortuna á la del Papa. Quien en guerras y peligros es amigo de éste, tiene compañero en las victorias, pero no en los desastres, porque el poder espiritual sostiene y defiende siempre al Pontífice.

Acordado que lo más provechoso era ganarse la amistad del Rey, juzgaron por lo mejor y más seguro que fuese Lorenzo de Médicis á verle, porque cuanto mayor liberalidad se usara con el Rey, más fácil sería el remedio á las pasadas enemistades.

Determinado el viaje á Nápoles, recomendó Lorenzo los cuidados de la ciudad y de la República á Tomás Soderini, que era entonces Confaloniero de justicia. Al principio de Diciembre partió de Florencia y, al llegar á Pisa escribió á la Señoría el motivo de su viaje. Los Señores, por honrarle y para que pudiera tratar con más autoridad la paz con el Rey, le nombraron embajador del pueblo florentino, con poder para pactar las alianzas que creyera más provechosas á la República.

XVIII. Al mismo tiempo Roberto de San Severino, unido á Luis y Ascanio Sforza, porque Octavio, hermano de estos Sforza, había muerto, invadió de nuevo el ducado de Milán, á fin de apoderarse del gobierno. Ocupada Tortona, y estando en armas todos los milaneses, aconsejaron á la duquesa Bona que repatriase á

los Sforza para quitar pretexto de guerras civiles. El autor principal de este consejo fué Antonio Tassino, de Ferrara. Era Tassino de humilde origen y, cuando fué á Milán, se presentó al duque Galeazzo, quien le nombró ayuda de cámara de la Duquesa. Ó por la belleza de su cuerpo ó por cualquier otra secreta virtud, después de la muerte del Duque tuvo tanta influencia con la Duquesa, que casi gobernaba él solo el Ducado. Disgustaba esto á maese Cecco, persona de una prudencia y de una práctica consumadas, por lo cual, siempre que podía, procuraba disminuir la autoridad de Tassino con la Duquesa, y con los demás miembros del gobierno.

Tassino, que sabía esta conducta, para vengarse de Cecco y tener auxiliares contra él, aconsejó á la Duquesa abrir las puertas de la patria á los Sforza. Así lo hizo ésta, aceptando el consejo, y sin decir nada á Cecco.

Cuando éste lo supo la dijo: «Habéis tomado una determinación que me costará la vida, y á vos el Estado.»

Ambas cosas ocurrieron pronto. Luis Sforza hizo morir á Cecco, y poco tiempo después, expulsó del Ducado á Tassino, tanto indignó á la Duquesa esta última medida, que salió de Milán, renunciando en manos de Luis Sforza la curatela de su hijo el Duque.

Quedó, pues, Luis Sforza gobernador del castillo de Milán, y fué, como se demostrará, la causa de la ruina de Italia.

Iba Lorenzo de Médicis camino de Nápoles, y se acercaba el término de la tregua, cuando, sin que nadie lo esperara, Luis Fregoso, que estaba de acuerdo con algunos habitantes de Serezana, sorprendió con gente armada esta plaza, apoderándose de ella y prendiendo á los

que allí defendían la autoridad de Florencia. Este suceso desagradó sobremanera á los jefes del gobierno florentino, por creer que se debía á órdenes del rey de Nápoles, y se quejaron al duque de Calabria, que estaba con el ejército en Siena, por que, durante la tregua, les promoviesen nueva guerra. El Duque dió toda clase de seguridades, por cartas y embajadores, de que aquello había ocurrido sin consentimiento suyo, ni de su padre el Rey.

Pero los florentinos juzgaban su situación deplorable, por estar exhaustos de dinero, el jefe de la República en poder del rey de Nápoles; una guerra antigua con este Rey y con el Papa, una nueva con los genoveses y no contar con aliados; porque de los venecianos nada esperaban y el gobierno de Milán, por lo incierto é inestable, más bien les inspiraba temor que confianza. Su única esperanza consistía en las negociaciones de Lorenzo de Médicis con el rey de Nápoles.

XIX. Llegó á Nápoles por mar Lorenzo de Médicis, donde no sólo el Rey, sino toda la ciudad, le recibió con grandes honras y suma curiosidad; porque, promovida la guerra sólo por derribarle, la grandeza y poder de sus enemigos aumentaban su importancia. Al estar en presencia del Rey, habló de tal modo de las condiciones de Italia, del carácter de los príncipes y los pueblos, y de lo que se podía esperar de la paz ó temer de la guerra, que el Rey, después de oírle, quedó más maravillado de la grandeza de su ánimo, de la sagacidad de su ingenio y de la solidez de su juicio, de lo que estaba al verle sostener por sí solo el peso de tan gran guerra. Desde este momento le prodigó mayores honras y empezó á meditar tenerle en seguida más bien por amigo que por enemigo. Sin embargo, con diferentes pretextos le

entretuvo desde Diciembre hasta Marzo para conocerle mejor, y ver lo que entretanto pasaba en Florencia, donde no faltaban á Lorenzo enemigos deseosos de que el Rey le impidiera volver y aun le tratara como á Jacobo Piccinino, hablando de ello por toda la ciudad, como si lo sintieran, pero al mismo tiempo oponiéndose en las discusiones públicas, á los que defendían á Lorenzo. Con tales procedimientos dieron ocasión á que corriera la noticia de que, si el Rey detenía más tiempo á Lorenzo de Médicis, cambiaría el gobierno en Florencia. Estos rumores originaron la determinación del monarca de diferir la partida de Lorenzo por si estallaban desórdenes en Florencia; pero al ver que continuaba la ciudad tranquila, el 6 de Marzo de 1480 le permitió partir, después de ganarse su voluntad con toda clase de beneficios y demostraciones de cariño, y de haber firmado un tratado de paz y alianza perpetua en beneficio de ambos Estados.

Volvió Lorenzo á Florencia lleno de gloria y más poderoso y grande que había partido, siendo recibido con las pruebas de alegría y cariño que merecían sus grandes cualidades y recientes servicios, puesto que expuso su vida por devolver la paz á su patria.

Dos días después de su llegada publicóse el tratado hecho por él entre la república de Florencia y el reino de Nápoles. Comprometíanse ambas partes, respectivamente, á garantizar sus Estados, quedaba al arbitrio del Rey la devolución de las plazas ocupadas á los florentinos durante la guerra; serían puestos en libertad los Pazzi encerrados en el castillo de Volterra, y pagarían los florentinos al duque de Calabria una suma de dinero por determinado tiempo.

Publicada esta paz, indignó al Papa y á los venecianos; porque el primero se creía desatendido por el Rey, y los segundos por los florentinos, á causa de haberles auxiliado en la guerra, y no conseguir nada con la paz. Cuando esta indignación fué conocida en Florencia, temieron muchos que el tratado originara mayor guerra.

Los principales del gobierno juzgaron entonces oportuno disminuir el número de los que tuviesen la dirección de los negocios, y también el de los miembros de asambleas deliberantes en los asuntos de importancia. Nombraron, pues, un Consejo de setenta ciudadanos, dándole plenos poderes para tratar los asuntos de Estado. Esta reforma contuvo á los que deseaban novedades, y el nuevo Consejo, para adquirir ante todo reputación, aprobó la paz hecha por Lorenzo de Médicis y envió al Papa y al rey de Nápoles embajadores; á aquél, Pedro Nasi, y á éste, Antonio Ridolfi.

Á pesar de la paz firmada, Alfonso, duque de Calabria, no se apartaba con su ejército de Siena, so pretexto de que le detenían las discordias entre los sieneses, las cuales llegaron á tal extremo que, estando el Duque alojado fuera de la ciudad, pidiéronle que entrara y fuese árbitro en sus cuestiones. Aprovechando la ocasión, el Duque castigó con multa á muchos de aquellos ciudadanos, á otros con prisión, á otros con destierro y á algunos con la pena de muerte. Este proceder le hizo sospechoso, no sólo á los sieneses, sino también á los florentinos, de que pretendía ser Señor de aquella ciudad, á lo cual no podía oponerse Florencia, á causa de su reciente amistad con el rey de Nápoles y la enemistad con el Papa y con los venecianos. Dicha prevención era general en el pueblo florentino, que con gran sagacidad interpre-